

**CULTURA
EN LA
LIBERTAD**

PREMIOS NACIONALES 1971

CULTURA EN LA LIBERTAD

PREMIOS NACIONALES 1971

El 26 de noviembre de 1971, el Presidente de la República hizo entrega de los Premios Nacionales de Ciencias, Letras y Artes, a Jesús Romo Armería, a Daniel Cosío Villegas y a Gabriel Figueroa.

La ceremonia se realizó en el monumental patio del Museo Nacional de Antropología e Historia y a ella concurrieron los más notorios representantes de la inteligencia mexicana. Fue, al mismo tiempo, un acto cultural y un acto cívico, una jornada en la que el país rindió homenaje a tres ilustres ciudadanos y en la que se manifestó la voluntad nacional de afirmar la cultura como expresión de la libertad.

El primer orador, Víctor Bravo Ahuja, Secretario de Educación Pública hizo el elogio de los premiados y sostuvo la tesis que **sin la presencia decisiva y libre del intelectual, del artista y del científico, no hay vida social sana**. Corresponde a Jesús Romo Armería destacar que **el progreso del país no guarda la proporción debida con el desarrollo de la investigación científica**. Gabriel Figueroa afirmó que **el Presidente Echeverría ha abreviado considerablemente la trágica distancia que suele mediar entre la crítica y el poder**, en tanto que Daniel Cosío Villegas abundó en esta idea, al sostener que aceptaba el premio por la única razón de que **comienza a haber o existe ya, un clima de comprensión hacia la actitud de los ciudadanos**. El Presidente de la República subrayó la vinculación necesaria entre la libertad, la cultura y el progreso del país, e hizo votos porque **el viejo humanismo mexicano sea preservado y que la dignidad del hombre, en México, salga adelante ante las pruebas del presente y del porvenir**.

En la imposibilidad de rescatar el calor de la palabra viva y el clima de espontáneo entusiasmo en que se desarrolló la ceremonia, reproducimos los discursos en el orden en que fueron dichos para dejar fiel testimonio de este acto.

Palabras del
Ing. Víctor Bravo Ahuja
Secretario de Educación Pública
Inteligencia y Vida Social



Añadir al conjunto de mexicanos ilustres que han obtenido el Premio Nacional los nombres de Daniel Cosío Villegas, Gabriel Figueroa y Jesús Romo Armería es para mi motivo de profunda satisfacción y, más aun, de íntima esperanza. Satisfacción, porque en nombre del gobierno mexicano puedo rendir homenaje público a la obra de tres ciudadanos distinguidos; esperanza, porque esta obra está animada por un espíritu de búsqueda, y es precisamente la búsqueda, la atención al mañana, lo más importante que puede ofrecernos el esfuerzo de nuestros mejores hombres.

Este acto significa, de alguna manera, la verificación que hace el país de la existencia de su propia capacidad creativa, de la fuerza y altura de esa capacidad; significa el reconocimiento de quienes la han ejercido, lo que es una invitación vehemente para que la sigan ejerciendo; y significa también el deseo de fortalecer en la colectividad la conciencia de que el beneficio cultural es no solamente la vía para acceder a mejores formas de vida, sino, además, el camino más eficaz para adquirir noción de nosotros mismos y, en consecuencia, de nues-

tros derechos y responsabilidades en el seno de la comunidad.

Persigue el gobierno mexicano la realización de un ideal democrático de cultura. Defiende, en este marco, todo lo que el hombre profesa, porque en esta defensa encuentra la única tentativa sistemática de combatir la desigualdad social y promover la plenitud de la existencia. Esta concepción supone, en principio, la exigencia de que el patrimonio cultural sea compartido por todos los miembros de nuestra sociedad. Supone que la cultura es expresión natural de la inteligencia y el producto, a la vez, de la asimilación colectiva del trabajo intelectual, artístico y científico. Supone, igualmente, que el depositario del beneficio cultural es el hombre: el hombre en todos los sentidos de la palabra, el hombre genérico y el hombre individual; el hombre esencial y el hombre empíricamente dado en circunstancias de lugar y de tiempo.

En la medida en que la cultura busca no el encastillamiento del saber y del arte en unos cuantos reductos sino el ensanchamiento de la perspectiva existencial en cada uno de los seres humanos, la conciencia de sí en el

marco de una colectividad, resulta evidente que el ideal democrático es la única posible vía para la realización de estos objetivos. Es por ello que el Estado mexicano se propone este como el ideal perfecto para satisfacer nuestro anhelo de superación.

Si pensamos en el vínculo que existe entre la comunidad y los individuos que contribuyen conscientemente a la creación de la cultura, habremos de preguntarnos cuál es el papel del intelectual, del artista, del científico; cuál es su radio de acción, de actuación. La expresión libre y abierta de las preocupaciones e intuiciones que constituyen la esencia de estos seres es condición imprescindible para la existencia de una complejidad y una riqueza culturales. El Estado comprende esta exigencia, entiende que sin la presencia decidida, y libre de ataduras del intelectual, del artista, del científico no puede desenvolverse una vida social sana.

Es característica peculiar del trabajador intelectual el ejercicio de la inteligencia. Este ejercicio, gracias a la práctica de su capacidad de disenso, de crítica, que es también característica de la tarea intelectual, lo lleva lógicamente a formular soluciones nuevas, originales, a los grandes problemas del país. Pero precisamente la confrontación de las soluciones provenientes de todos los sectores del pensamiento y la aceptación honesta de nuevos puntos de vista es lo que caracteriza a una estructura política verdaderamente democrática. De ahí la gran importancia de la tarea que el intelectual ha de realizar en nuestro

país. Porque si buscamos la cohesión nacional y la democratización de la vida social, es necesario, y quizá nada urja tanto como esto, delinear y conocer profundamente el sentido real, verdadero, desnudo, de nuestras instituciones, de nuestras relaciones sociales y políticas, de nuestra vida económica. Y esta vasta labor corresponde por definición al intelectual; de los instrumentos que emplee, de su concepción objetiva de nuestras realidades, de su rigor metodológico depende la seriedad y la importancia de su juicio.

Es, entonces, misión del gobierno respetar y promover un clima de absoluta libertad para el trabajo intelectual. Y no solamente porque la sociedad se beneficia de las obras de sus pensadores sino porque, además, a través de una práctica responsable de la crítica, del examen, del juicio, el intelectual sirve, en el mejor de los sentidos, al Estado democrático, es decir, ayuda a mantener un ambiente de libre enfrentamiento de las ideas, que es, en última instancia, la base de una actividad verdaderamente fecunda en el seno de la sociedad.

En el terreno del arte, el Estado ha establecido una noción muy clara en cuanto a su propia posición. Nadie puede detener la creación artística; nadie puede señalarle rumbos, marcarle tendencias, sino el propio artista o la tradición y la originalidad del arte mismo; nadie, y menos que nadie el Estado, puede tomar el lugar del artista, porque trabajo artístico y libertad de expresión son partes complementarias e inescindibles de la misma unidad.

No es de ningún modo ocioso re-

plantear y subrayar aquí el problema que significa la vinculación de la tarea científica a la realidad de nuestro tiempo, a la realidad nacional. Llegado tarde a las conquistas de la más avanzada ciencia contemporánea, México ha puesto su mayor empeño en el desarrollo de una actividad científica todavía incipiente. Sabemos que muchos de nuestros grandes problemas han de resolverse a través de las contribuciones de los científicos; sabemos, por otra parte, que si hemos de dar solución a esos problemas, también tendremos que crear las condiciones para que el científico cuente con todos los medios y posibilidades para desempeñar ampliamente su labor. Aprender a captar el sentido profundo de la investigación científica es uno de nuestros primeros deberes, porque es de allí, en principio, de donde saldrán las técnicas aplicables al campo de lo inmediato, de lo práctico.

Todos aceptamos hoy que el principio de la creatividad científica es de la misma índole que el de la creatividad artística. Pese a esta comunión básica, es innegable, sin embargo, que el trabajo científico se desarrolla por vías profundamente distintas: tiene como supuesto esencial su inmersión en la idea de progreso. Mientras que en el terreno del arte no puede hablarse de avance en este sentido, puesto que una gran obra producida en nuestros días no es por ello mejor que una gran obra creada en la antigüedad; en la ciencia, por el contrario, podemos referirnos a una evolución que coloca a determinados sistemas por encima de otros. Y esta idea de

progreso en el trabajo científico considerado en sí mismo se extiende al natural anhelo humano de conseguir mejores condiciones de vida, de aclarar cuestiones que le han preocupado siempre.

Así pues, la ciencia como parte estructural de la cultura ocupa el mismo sitio que el arte o el trabajo intelectual, puesto que está regida por los mismos principios. Pero la ciencia, como promotora del progreso, adquiere una importancia particular porque transforma adecuadamente nuestros recursos y, al mismo tiempo abre posibilidades para una más justa distribución de ellos. Además, como vehículo eficaz para la transmisión de la cultura se convierte en un apoyo más para cumplir con el ideal democrático de la cultura que México se ha propuesto. En este sentido, la técnica ha servido y servirá al Estado mexicano para conservar y difundir las obras que configuran nuestra cultura; al hacerlo se está preservando a la nación misma en lo que tiene de más valioso: sus bienes culturales creados en un ambiente de libre expresión.

La comisión correspondiente ha otorgado el Premio Nacional de Letras a Daniel Cosío Villegas. Pertenece Daniel Cosío Villegas a una generación distinguida por su talento y por su pasión; a un grupo de hombres que en su juventud vivieron y sintieron un país que comenzaba a construirse, y que proporcionaron a México las primeras herramientas para lograr esa construcción.

Cosío Villegas vivió la necesidad de trabajar por México: inició su carrera

de profesor universitario posponiendo el ejercicio de su vocación de escritor. Y lo hizo porque el país estaba urgido de hacedores, en la acepción más amplia del término, pero su hacer estaba destinado a otro campo. Como dijo Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas "a la larga beneficiaría más al país con la pluma". Su inteligencia, su sabiduría y su disciplina habrían de aplicarse a obras menos determinadas por el momento, más duraderas.

A esos dotes debemos una de las empresas editoriales más importantes de nuestra historia cultural, la creación del Fondo de Cultura Económica, y su labor académica tan significativa para El Colegio de México y la Escuela Nacional de Economía.

La actitud rigurosa de sus investigaciones sobre nuestra historia y su labor periodística han hecho decir a Octavio Paz, con sobrada razón, que lo mejor y más estimulante de la actividad intelectual de Daniel Cosío Villegas "es el espíritu que anima a su crítica, la desenvoltura de sus opiniones y la independencia de su juicio".

El Premio Nacional de Artes ha sido concedido a Gabriel Figueroa. Por vez primera, un artista de la fotografía lo ha obtenido. Si pensamos en que el arte es, al fin y al cabo, la aparición de una nueva forma de vida generada a partir de los elementos que nos ofrece la realidad cotidiana; si pensamos que a esta transmutación se añade la necesidad de captar el ritmo esencial de las cosas, su sentido, oculto ordinariamente para el resto de los seres humanos no artistas, entonces Gabriel Figueroa, su obra, viven en lo

más entrañable de lo que llamamos arte.

Para juzgar su quehacer artístico, es necesario calar hondo, porque si el medio natural de su obra es la sociedad en lo que tiene de cotidiano, de usual para nosotros, este arte debe concebirse como desocultamiento y mostración; es decir, como apertura hacia lo profundo, como revelación del sentido esencial de las personas y las cosas.

Gabriel Figueroa ha creado un mundo de expresión en donde se manifiestan rasgos esenciales de nuestro carácter. Con su capacidad de percibir con aguda penetración el dolor, la angustia y la esperanza de nuestro pueblo, ha realizado una obra artística de la mayor autenticidad: ha alcanzado a través de México y lo mexicano la dimensión de lo universal, de lo permanente.

Jesús Romo Armería obtuvo el Premio Nacional de Ciencias. Entre las grandes individualidades que México ha producido en el terreno científico, Jesús Romo Armería se distingue por la importancia de sus investigaciones en el campo de la química, en uno de los terrenos de estudio fundamentales en la actividad científica contemporánea.

Las aportaciones de sus trabajos a otras parcelas de la ciencia, caracterizan el desempeño de Jesús Romo Armería por su cualidad interdisciplinaria y por su conciencia de uno de los problemas que más presentes están en las preocupaciones científicas de nuestro tiempo, el aprovechamiento máximo de los recursos naturales.

Sus esfuerzos desarrollados en la

investigación altamente especializada no le hacen, sin embargo, perder contacto con las necesidades más apremiantes del quehacer académico. Su labor docente en los niveles superiores de la enseñanza conforma al lado de sus investigaciones científicas, su valor humano y la importancia de su tarea.

El trabajo de investigadores como Jesús Romo Armería en los cuadros de la Universidad Nacional Autónoma de México deja ver con optimismo el futuro de nuestras instituciones de educación superior. El apoyo decidido del Estado a los organismos educativos superiores del país permite operar una serie de transformaciones en los altos niveles de la educación. Algunas de estas transformaciones dejan ya sentir su beneficio y, sin duda, todas ellas proporcionarán el desarrollo pleno de un trabajo científico, artístico e intelectual.

En un clima de vigorosos cambios en la vida política, social y económica del país, la reforma universitaria, la reforma educativa que se ha iniciado, representa la libre búsqueda del espíritu del hombre, del espíritu del mexicano. Pretende las más elevadas perspectivas y realizaciones para propiciar que los valores de la cultura saturen todos los niveles de la educación. Desea imprimirle el ímpetu creador desarrollado en el aula, en el debate del consejo de alguna escuela, en la libertad de alguna institución técnica o universitaria y apela a la convicción de los intelectuales: filósofos, escritores, hombres de ciencia y artistas.

Tengo la convicción de que el pro-

ceso educativo es el cauce natural para conseguir la democratización de la cultura; es, asimismo, el condicionante más eficaz del desenvolvimiento integral. La participación, entonces, de todos los habitantes del país, particularmente de quienes han consagrado su vida a la cultura, es fundamental en la renovación educativa, porque solo a través de esta renovación podremos acceder a un desarrollo independiente y completo.

He dicho que el Estado cumple con la nación cuando conserva, difunde y acrecienta la obra de los creadores, cuando permite y estimula la abierta expresión de los pensadores, cuando proporciona todos los medios a su alcance para el trabajo científico. Ahora bien, ¿de qué modo cumplen con su pueblo el intelectual, el artista, el científico? Yo pienso que participando mayoritariamente en la cultura, planteando adecuadamente las cuestiones que han preocupado siempre al hombre: qué debemos hacer, cómo debemos vivir. Pienso que en hombres como Daniel Cosío Villegas, Gabriel Figueroa y Jesús Romo se deposita una gran responsabilidad: de seres como ellos depende, en alguna forma, el fortalecimiento y la eficacia del ideal democrático de cultura, en cuyo cumplimiento se encuentra el único posible vivimos una realidad muy a menudo convulsionada por una sucesión vertiginosa de cambios en todos los aspectos de nuestra existencia. A la desesperación y la violencia, que en ocasiones han sido la única respuesta para esa problemática de cambio, el gobierno presidido por el licenciado Luis

Echeverría quiere oponer nuestro patrimonio más valioso: la cultura. De la complejidad y riqueza de este agente de la inteligencia depende nuestra realización como individuos y como equilibrio en medio de las crisis por las que atraviesa nuestro tiempo. En este sentido, el Premio Nacional quiere ser una obra de construcción, porque al verificar y estimular la capaci-

dad creativa del país, propone una cohesión entre los elementos nacionales por medio de nexos de cultura; es decir, quiere buscar una cristalización de nuestro carácter en lo que tiene de superior y universal a través de la obra de los mejores mexicanos.

En el orden nacional e internacional, miembros de la comunidad mexicana.

Palabras del
Dr. Jesús Romo Armería
Premio Nacional de Ciencias

Desarrollo de la Investigación Científica



Si el haber sido distinguido con el Premio Nacional de Ciencias que otorga el Gobierno de la República en el presente año ha sido una sorpresa, pueden ustedes tener la seguridad de que yo fui el primer sorprendido. Quizá, la circunstancia de haber merecido el más alto honor a que puede aspirar un científico mexicano, debo acreditarlo al afán de estimular en nuestro país a un campo de la investigación pura y aplicada tanto como lo es, o debe ser la química.

Recibir el Premio Nacional de Ciencias significa para mí un nuevo aliciente que deseo compartir con todos mis colegas, sin quienes, seguramente, no habría obtenido esta excepcional distinción que ahora acepto con sincera humildad en nombre de todos ellos. Es una circunstancia feliz e inmerecida de mi parte el hecho de que se me otorgue en compañía de personas tan distinguidas como el Lic. Don Daniel Cosío Villegas y Don Gabriel Figueroa.

La mayor parte de mis actividades en la investigación y en la docencia han transcurrido dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México, con ella estoy en deuda de gratitud,

porque mi formación profesional y académica se ha realizado dentro de sus aulas y laboratorios, primero en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, hoy Facultad de Química y posteriormente en el Instituto de Química. Es muy grato en esta ocasión recordar que el Colegio de México, institución benemérita, en cuya fundación participó el Lic. Cosío Villegas, donó el edificio en que se iniciaron las labores del Instituto de Química.

La investigación efectuada por grupos es la manera usual de trabajar en varias disciplinas científicas y particularmente en la química, de este modo he llevado a cabo la mayor parte de mi trabajo y esta situación me ha permitido disfrutar de la compañía de colegas y alumnos aunando nuestros esfuerzos en gran armonía y con la convicción de que no es necesario salir del laboratorio para experimentar una de las más grandes aventuras que nuestra época ofrece, allí se han verificado los acontecimientos más sobresalientes de nuestra propia odisea. Agradezco en esta ocasión la colaboración que ellos me han prestado.

En México se inició el desarrollo de la industria esteroideal en la década

de los años cuarenta, y los Laboratorios Syntex, que habían iniciado un programa muy amplio de trabajo científico nos brindaron la oportunidad de participar en la investigación sobre esteroides, la cual era en esa época uno de los más importantes campos de acción para un químico orgánico. Así nos fue posible a muchos profesionales que nos iniciábamos en las tareas científicas, colaborar con muy notables químicos extranjeros, adquiriendo nuevos conocimientos y experimentando nuevas técnicas, porque para llevar a cabo investigación eficazmente no basta con disponer de conocimientos y de voluntad de acción, además es necesario situarse en la corriente que está fecundando aquellos campos de la ciencia en donde se pueden obtener mayores frutos. Aunque hemos abordado desde hace largo tiempo nuevos campos de investigación, hemos seguido beneficiándonos con la ayuda económica de esos Laboratorios.

Me atrevo, señor Presidente, a utilizar esta oportunidad para exponer y dar especial énfasis a algunas preocupaciones, ideas y acciones que han dominado en forma creciente no solo en la comunidad científica sino también en amplios sectores activos de México y que, afortunadamente, el Gobierno de la República ha sabido fomentar y recoger en forma dinámica y eficaz. No intento, desde luego, hacer una presentación original del problema, pues este se ha planteado y expresado en múltiples ocasiones. Solo quiero repetir una vez más parte de lo que ya se ha dicho, solidarizándome apasionadamente con aquellos que an-

tes de mí han expuesto lo que ahora ya resulta patrimonio común, inquietud y motor permanente.

Aunque sé muy bien que el factor económico es inseparable de los elementos sociales, políticos y culturales, y que ellos forman parte de un todo indivisible, debo hoy, en gracia a la brevedad, cargar el acento de estas palabras sobre la importancia que para el desarrollo del bienestar social y de la cultura tiene la investigación científica.

Sin duda uno de los problemas vitales de México es el que se refiere a la educación en su sentido más cabal. Saber leer y escribir no necesariamente supone la esencia de la educación, más bien son los instrumentos para adquirirla. Darle a la vida un contenido dinámico y optimista, despertar una honda e inquebrantable decisión por el progreso, amar y cuidar lo nuestro, mantener raíces profundas en nuestro pasado y orientarnos en todas nuestras acciones cotidianas teniendo en cuenta la marcha de la historia, fomentar una mística de la superación, de la ayuda mutua del trabajo en equipo, tales, creemos, deben ser las metas de una verdadera educación nacional. El hombre mexicano debe saber que es un hombre público y que su acción, por privada que parezca, está preñada de responsabilidades y resonancias colectivas.

Es evidente que el progreso industrial del país, bastante grande, no guarda la proporción que debiera con el desarrollo de la investigación científica, el cual es muy reducido. Esta disparidad se presenta porque no exis-

te prácticamente ninguna relación entre ambos procesos. La industria importa la costosa tecnología que se elabora en los países desarrollados y en cambio los resultados de la escasa investigación se exportan, aportando su pequeña contribución al caudal científico de los países desarrollados que cuentan con capacidad para transformar la información en un proceso industrial. En estos países, la formación y la consolidación de la estructura científica precedió al crecimiento tecnológico y en los países en desarrollo la situación es inversa y muy desfavorable, porque es necesario crear la estructura científica e integrar la investigación en los procesos de desarrollo, cuando este desarrollo está condicionado en gran parte por factores extrínsecos al país, de modo que no es fácil planear metas bien definidas a la investigación, la cual se encuentra confinada en los centros docentes de enseñanza superior más importantes y es mirada con cierta reticencia por los sectores industriales, porque no se han beneficiado con sus resultados. Contribuye a agravar la situación el bajo rendimiento del instrumental por falta de programación adecuada, mientras los costos de este son cada vez más altos y además en pocos años son desplazados por nuevos modelos más versátiles.

Nuestro desarrollo será más dependiente de los factores extrínsecos a los que aludía anteriormente, en tanto las estructuras que sirven de base a la promoción de la ciencia sigan siendo débiles.

Se pueden mencionar algunas de las

consecuencias que se derivan de la ausencia de ambiente científico como la carencia de revistas de amplia circulación que divulguen en el propio idioma las realizaciones científicas del país. Es conveniente hacer notar que en un país desarrollado hay multitudes de suscriptores a las revistas científicas que siguen con gran interés el progreso de sus disciplinas, y los profesionales en las distintas especialidades científicas y técnicas suelen suscribirse por lo menos a una publicación. Este hábito no existe en los países en vías de desarrollo. Son todavía muy pocos los congresos científicos en los que se transmita la información y se produzca una sana emulación entre las distintas instituciones para evitar que la rutina y la indiferencia hagan presa de ellas. Y es grande la escasez de libros científicos que no sean meras traducciones sino que incorporen experiencias personales con textos adaptados a la situación del país. No abundan los folletos ilustrados a nivel elemental que captan tan intensamente la imaginación de los adolescentes y las películas que expongan temas científicos en una forma sencilla y que son factores tan necesarios para producir las motivaciones que condicionan una vocación científica.

El señor Presidente de la República y las autoridades del país, conociendo esta situación, han tomado las medidas necesarias que conducirán al fortalecimiento de estas estructuras, planeando una reforma educativa que ya se encuentra en proceso.

A este respecto se lleva a cabo la preparación de nuevos libros de texto

en la que intervienen expertos en las diversas especialidades como pedagogos, lingüistas y científicos que concurren en la tarea de superar la calidad de estos libros que son factor tan decisivo en la formación de la juventud.

Recientemente se decretó la fundación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, institución clave que viene a llenar un vacío que existía en el país, porque este Consejo posee las características que se requieren para impulsar el progreso de la investigación científica, coordinándolo con la tecnología. Operando en la misma línea de acción, el Gobierno de México ha proporcionado este año una sustancial ayuda económica a los centros docentes de enseñanza superior del país que asciende a más de mil millones de pesos, de la cual nos hemos beneficiado los profesores e investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México. Indudablemente esta ayuda económica será un incentivo para elevar los niveles de la docencia y para incrementar la investigación.

La reforma del Colegio Nacional, ampliando el número de sus miembros para incluir a representantes de las más diversas disciplinas, induciéndolos además a realizar parte de su trabajo en diferentes regiones de la República, refleja la preocupación de que el Colegio esté en posición de captar y analizar desde cualquier perspectiva los problemas que atañen a la promoción de la cultura mexicana. Es muy importante que los estatutos de este Colegio permitan la inclusión de mexicanos que tengan 10 años de haberse naturalizado.

Un acontecimiento de gran trascendencia es la muy reciente creación del Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica en las cercanías de la ciudad de Puebla, que será el pionero en la nueva política de descentralización de la investigación pura y aplicada y de la educación superior. La fundación de centros similares de investigación que laboren en las más diversas especialidades científicas situados en lugares adecuados, vinculados estrechamente a la región en la que desarrollan sus actividades, coordinados de tal manera que exista la posibilidad de que se puedan complementar entre sí y que reciban la ayuda del sector público y del privado, será la manera más adecuada de llevar al país a un desarrollo científico que producirá la tecnología adecuada para enfrentarse al crecimiento demográfico y para lograr el aprovechamiento industrial de los recursos tan amplios que el país contiene. Estos centros, respaldando las funciones docentes y de investigación de las universidades de provincia, evitarán una situación incomparablemente más grave aun que la "fuga de cerebros" que quizá podría denominarse el "derroche interno de cerebros", porque hay una multitud de jóvenes con aptitudes, con alguna preparación y una gran vocación científica que no ha recibido los estímulos adecuados debido a que los horizontes de la ciencia en su lugar de origen no son muy amplios. Ese caudal de energía se desvía y su voluntad de acción se frustra, perdiéndose para México esos elementos tan valiosos que no tuvieron nunca la oportunidad de rea-

lizarse. Estos centros de investigación evidentemente estarán en situación de contener esa dilapidación de talentos y además serán agentes muy poderosos de la reforma educativa, porque mediante su trabajo irán ejerciendo un cambio profundo en la mentalidad de las comunidades en donde se proyecta su actividad, sumando la labor que estas instituciones efectúen en varias disciplinas científicas, se puede hacer un inventario muy eficiente de los recursos renovables y no renovables del país. Mediante un estudio sistemático de los recursos se puede diversificar la economía de las diferentes regiones, racionalizando la explotación de estos recursos, evitando que las economías sean de "bonanza" como ha sucedido tan frecuentemente en este país de tradición minera, donde se efectúa una explotación intensiva que frecuentemente lleva a un auge económico efímero como en el caso de la explotación del henequén, candelilla, chicle,

etc., y, desapareciendo los factores que condicionaron el éxito, se agotan las fuentes de trabajo y aparecen las secuelas negativas del fenómeno que difieren, dependiendo del tipo de explotación; tales como emigraciones de grupos depauperados, erosión, plagas, etc. Esos centros de investigación serían los vigías que con su trabajo continuo defenderían los intereses culturales y económicos de la región, contribuyendo a la estabilidad social de las comunidades.

Servirse de la ciencia y de la técnica con un profundo espíritu humanista, conducirla y encauzarla hacia el bienestar y la paz es la tarea fundamental de nuestra época. Los mexicanos no estamos al margen de esta vital obligación. Necesitamos su auxilio tanto o más que cualquier otro pueblo no solo para transformar a nuestro país y crear mejores condiciones de vida sino también para influir con voz respetable ante las demás naciones.

Palabras de
Gabriel Figueroa
Premio Nacional de Artes
Voluntad de Comunicación



Durante 40 años, en compañía de otros hombres igualmente apasionados en el oficio de inventar imágenes, no he hecho otra cosa que delimitar la realidad entre los marcos de una cámara fotográfica. Este privilegio excepcional me ha enseñado a conducir los sentidos hasta el corazón de la realidad y constituirme en la mirada de importantes inquisidores del alma humana.

Puedo decir que jamás he sido ajeno a mi tiempo. El oficio de cinematografista fue siempre una oportunidad para llegar al fondo de las cosas y, desde ahí, para regresar al fondo de mi mismo. En esta elipsis emocional hago descansar todo el valor del verdadero arte. Punto final de reconciliación para polemizar con mi tiempo y sentirme en el centro de los acontecimientos, el cine ha sido para mi el lugar donde mi sed de fantasía logró aliarse con mi necesidad de libertad. Al transfigurar la realidad con un implemento mecánico, la realidad me transfiguraba a mi mismo y me hacía crecer como un hombre entre los otros hombres. Contar historias, evocar historias, inventar historias: mi vida no ha sido más que un incidente en ese universo poblado ya con seres intemporales.

El premio que recibo hoy me enaltece solo en la medida en que sepa mantenerme fiel a los principios que determinaron el nacimiento de mi vocación. Entiendo que esta distinción se hace llegar a un hombre para quien la vida no ha sido otra cosa que una larga obsesión destinada a colaborar activamente con aquellos que han sabido enriquecer o perturbar los sueños de sus contemporáneos. En la medida de mis posibilidades declaro haber vivido con absoluta honradez el llamado de esa obsesión. Ser cada vez más digno de ella es el compromiso que adquiero esta mañana ante ustedes. Este premio es, además, estímulo inapreciable para el Cine Mexicano, que celebra cuarenta años de vida en el mes que corre.

En esta ocasión, imborrable para mi, entre conciudadanos y amigos, rodeado de los hombres que diariamente se entregan a la tarea de examinar críticamente la realidad del país, el señor Presidente Echeverría vuelve a probar con argumentos insospechables que su voluntad de comunicación es un gesto dinámico y no un propósito verbal. Al crear preciosos vasos comunicantes entre los sectores de opinión

y de acción, usted, señor Presidente Echeverría, ha abreviado considerablemente la trágica distancia que suele mediar entre la crítica y el poder. Hoy, entre nosotros, hombres dedicados a la difícil pasión de analizar dialécticamente a México, puede estar seguro de que sabremos ser dignos de ese esfuerzo democrático que ha sabido usted desarrollar apenas iniciado su mandato.

Mi menester es ver y captar en la película las cosas que ocurren. Tal es mi trabajo y en él persistiré mientras tenga aliento, animado por el ejemplo de los abuelos pintores indígenas, de los ceramistas que hicieron mentir al barro, de quienes levantaron en capillas, catedrales y conventos el milagro del barroco mexicano, de los anónimos artistas que, como las estaciones, recrean en cada nuevo año el prodigio de las artes populares, de los grandes de nuestra pintura que me enseñaron a conocer mejor el rostro de nuestro México y a querer entrañablemente esta tierra amarga y espinosa.

Soy un hombre sin más ambición o meta que el ejercicio permanente

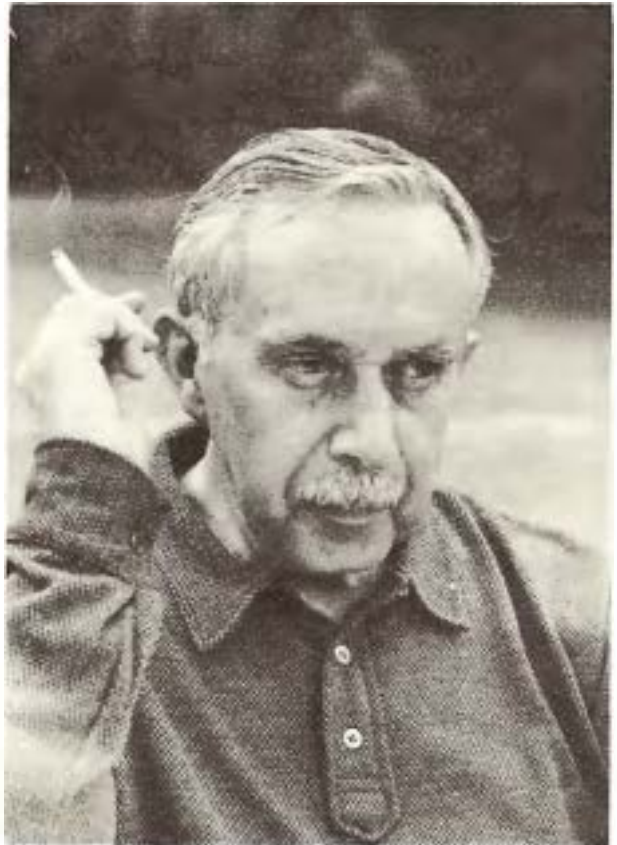
de su oficio. En el arte cinematográfico están todas las posibilidades que me han sido dadas para cumplirme como hombre y como ciudadano. En ese oficio, donde la experiencia ha madurado a la sombra de la ternura, continuaré en el difícil empeño de ser libre y de exigir a mis contemporáneos inmediatos la conquista de su propia libertad.

Señor Presidente de la República;
Señoras y señores:

Vengo aquí con una gran emoción a recibir un galardón que estimo en altísimo grado y que me obliga por toda la vida. Recuerdo en estos momentos a hombres de la calidad de Diego Rivera, José Clemente Orozco, Rufino Tamayo, David Alfaro Siqueiros y Leopoldo Méndez, glorias de la plástica mexicana, amos del color y de la luz y maestros míos en el modo de ver a los hombres y a las cosas. Estoy seguro que si algún mérito tengo es saber servirme de mis ojos, que conducen a las cámaras en la tarea de aprehender no solo los colores, las luces y las sombras sino el movimiento que es la vida.

Palabras del
Lic. Daniel Cosío Villegas
Premio Nacional de Letras

Un Clima de Libertad Política



Estoy seguro que un año le ha bastado a usted para cerciorarse de que, a más de las conocidas de Jefe de Estado y de Jefe de Gobierno, un Presidente en México tiene que desempeñar muchas otras funciones, entre ellas, alguna extraña, como la que le ruego a usted aceptar hoy: ser oídor de una declaración que hubiera querido hacer más calladamente.

No de hoy sino de toda la vida he juzgado desacertada la idea de premiar a los intelectuales y a los artistas por su obra. Los verdaderos, los genuinos intelectuales y artistas no trabajan para llamar la atención, no trabajan para singularizarse, no trabajan para trepar y ser premiados; trabajan porque les interesa su obra, porque tienen placer en dedicarse a ella, porque les atrae su obra, a veces hasta el grado de una fascinación irresistible.

El galardonar, entonces, su obra desconoce los resortes síquicos y morales que mueven al intelectual y al artista en sus faenas.

Entonces, yo debí haber declinado este premio, como consecuencia lógica de ideas que, erróneas o no, son mías, antiguas, ya rayadas. He procedido en otra forma, sin embargo, por una con-

sideración que me ha parecido muchísimo más importante.

Todos sabemos que nosotros, los jóvenes, tenemos una repugnancia casi física por volver los ojos atrás, por recordar, ocupados plenamente como estamos en sobrevivir al presente y presentir siquiera lo que el porvenir pueda depararnos. Y, sin embargo, el campanazo de este premio me forzó a vencer esa repugnancia y a recordar —y recordé con esa tristeza honda y sosegada que se llama melancolía— que mis primeros ensayos aparecieron hace 52 años, y que mi primer libro formal lleva estampado, indeleble, el año de 1922; y seguí recordando hasta concluir que mi modestísima obra de escritor quedó bien definida en 1963, cuando apareció el tercero de los volúmenes de la Historia Moderna de México, que me tocó escribir personalmente.

Entonces, el hecho de concedérseme en 1971 este Premio de Letras —y no digamos hace dos o tres años—, debo interpretarlo como que en México comienza a haber, o existe ya, un clima de comprensión hacia la actitud pública de todos los ciudadanos, de respeto

a sus opiniones y aun a sus gustos; un clima, en suma, de libertad política.

En prenda de que mi interpretación es justa y por esta única razón, he aceptado un premio que, en otras condiciones, me hubiera parecido, a más de notoriamente inmerecido, un es-

tímulo inútil para continuar mis tareas.

Por todo esto, señor Presidente, quisiera rogarle a usted que transmitiera mi más profundo reconocimiento a la gran nación mexicana, de la que todos somos, no solamente hijos, sino hijos predilectos.

**Palabras del
Lic. Luis Echeverría Álvarez
Presidente de la República**

Cultura en la Libertad



Mi reconocimiento muy cordial para quienes me han acompañado esta mañana a entregar los premios con que la nación mexicana ha querido señalar la actividad científica, artística e intelectual de tres ilustres mexicanos. Pero también mi deseo de, en esta oportunidad, decir a tan distinguidos representantes del pensamiento mexicano, que si he propuesto al país una política general de desarrollo equilibrado, autosostenido e independiente, se vuelve imprescindible la coordinación espontánea, vigorosa, de todos los integrantes de la vida nacional ante un mundo en que se escogen caminos de totalitarismo con uno u otro signo ideológico, o del caos que destruye la obra de creación cultural y económica del hombre, la que en México se desenvuelve sobre la base de una política general de libertad y de reconocimiento honesto y veraz de las necesidades y de las carencias de nuestro país, que nos permite crear fórmulas para coordinar los mejores esfuerzos colectivos, a fin de acometer este panorama de problemas que, si son ahora graves, lo serán mucho más en un futuro no muy lejano.

Cuando pensamos que la verdad es

que el 25% de los niños mexicanos, que deberían tener escuela, no tienen escuela ni maestros; que un alto porcentaje de la población —aunque a veces las estadísticas quieran tratarlo con benevolencia— es de analfabetos; cuando vemos que en la primera etapa de nuestro movimiento social la tierra comenzó a ser repartida, pero fue hasta 15 años después cuando en la búsqueda de nuestra independencia económica se inició el proceso de industrialización; cuando vemos que por un fenómeno económico el ingreso nacional se ha ido concentrando en la industria, en la banca, en las ciudades y se ha registrado un proceso de empobrecimiento del campo, no obstante que la tierra ha sido repartida casi en su totalidad y que, seguramente, en los años de la presente administración su reparto habrá de ser concluido; cuando contemplamos un panorama nacional así, hemos convocado a los sectores más dinámicos del país a que, con una actitud de inconformidad ante la existencia de problemas y carencias —actitud que todos debemos mantener— sumemos nuestros esfuerzos ante las complejas cuestiones que afrontamos que serán más difíciles en los próxi-

mos lustros.

Al hacer esta convocatoria a todos los sectores mexicanos, hemos adoptado una posición de autocrítica que consideramos es el punto de partida para una obra que sea realmente constructiva y no que solamente aparente serlo; para realizar una tarea creadora que parta del conocimiento de nuestras deficiencias, que tanto en el gobierno, como en la empresa privada, como en las instituciones de cultura o en cualquiera otro sector de la actividad nacional, suelen acen- tuarse y aun hacerse tradicionales. En el propósito de elevar a nuestro país en los aspectos de la ciencia, el arte, la cultura y la economía, tenemos que partir de un redescubrimiento de nuestra realidad, si es que queremos afrontar con éxito los riesgos que se observan en el futuro de México.

El mundo inicia, seguramente, una era histórica caracterizada por un nuevo equilibrio basado en las formas de la distribución de la economía y del control de la energía nuclear; una nueva etapa, en la que los países más débiles comienzan a registrar la gran acometida procedente del exterior, que trata de sustituir instituciones que con mayor o menor eficacia se han dado a sí mismos en lo interno. Pensando en ello, estamos plenamente seguros de que solo con el crecimiento, en un clima de libertad, de las mejores fuerzas de nuestra patria, se podrá en los próximos lustros afrontar con un mayor margen de seguridad los riesgos del porvenir.

En México, para el Gobierno, para las instituciones privadas, para las ins-

tituciones de cultura, para los ciudadanos, para los jóvenes, no queda otro camino que el de estimular la tarea creadora en la cultura, en la economía, en la educación, dentro de un ambiente social que preserve las libertades que en muchas partes del mundo, por los sistemas autoritarios de uno u otro signo ideológico, se han visto socavadas. ¡Que el viejo humanismo mexicano sea preservado y que la dignidad del hombre, en México, salga adelante ante las pruebas del presente y del porvenir inmediato y mediano!

Producto de la autocrítica es el proponer y realizar una reforma educativa que se autogenera en las instituciones de cultura y que se vincule —sin imposiciones de gabinete— al desarrollo económico. Los esfuerzos por el desarrollo económico y social de México representan la firme voluntad de los mexicanos de afirmar nuestra soberanía en el concierto de las naciones.

Es autocrítica hacer una reforma fiscal, cuyos primeros pasos estamos dando, para llevar a los sectores de bajos ingresos mayores beneficios sociales y para promover, al mismo tiempo, la industrialización de la provincia y la inversión industrial que ocupe cada vez mayores volúmenes de mano de obra, cuya disponibilidad crece aceleradamente por efectos de la explosión demográfica; inversión que descentralice de este macrocosmos de la gran ciudad, de la zona metropolitana y otras pocas ciudades, el crecimiento industrial y demográfico que está volviendo no solamente incómoda sino también insalubre la vida en la gran ciudad.

Cuando se nos habla de la iniciación de las tareas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, que está dando apenas sus primeros —modestos, pero entusiastas— pasos, pensamos que la dependencia de México del exterior no solamente ha sido de orden económico, sino que ha sido también una dependencia científica y tecnológica, y que, por ello, lo que aquí hemos escuchado de uno de los Premios Nacionales, el doctor Romo Armería, pone de relieve la necesidad de cobrar plena conciencia acerca de que debemos apoyar más ampliamente el avance, en México, de la ciencia y la tecnología, y ponerlas al servicio de un desarrollo industrial independiente, el cual sea el fundamento de una soberanía económica que preservemos para el futuro.

Y es que, señoras y señores, si no cobramos una cabal comprensión, si no llegamos a una total toma de conciencia de que un desarrollo equilibrado incluye a las multifacéticas actividades de la vida social, estaremos hipotecando el futuro de México dentro de espejismos que se desbordan provenientes de los países poderosos, como un reflejo de la lucha que sostienen entre ellos; si no entendemos eso y actuamos en consecuencia, a las generaciones del futuro las colocaremos en situaciones más difíciles y más desventajosas que las que han vivido las generaciones del pasado y las del presente.

Venir con los artistas, con los intelectuales, con los hombres de ciencia de México, a entregar esta presea con que la República, desde hace años

premia a los hombres de mérito es; don Daniel, tratar de compensar, cuando menos en parte, esa propaganda en favor de antihéroes, que son personas que representan, en realidad, valores negativos, y que ahora ciertos medios de difusión han dado en presentar como ejemplares, y así lo enseñan a los niños, a los adolescentes y a los jóvenes; es venir —digo— en una actitud amistosa y respetuosa, con cordialidad, a destacar ante el país qué es lo que juzgamos positivo, qué es aquello que es apreciable y socialmente útil en verdad.

Deben las sociedades humanas, siempre, hacer señalamientos que orienten a los hombres y a los grupos que las integran; deben, despojándose de la vanidad de quien recibe un premio y también de la vanidad de quienes lo otorgan o lo auspician, alejarse de ciertos conceptos tradicionales para decirle a sus comunidades: esto es lo que necesitamos: una contribución desinteresada, noble, generosa, que sea útil para todos.

Ni Daniel Cosío Villegas, ni Gabriel Figueroa, ni Jesús Romo Armería necesitan de estímulos, pero por qué no señalar a México, sobre todo a sus hijos más jóvenes, que hay actividades humanas que merecen el equilibrado reconocimiento de sus conciudadanos, que hay valores respetables, cuyo desarrollo a lo largo, muchas veces, como acabamos de escuchar, de más de medio siglo, ha sido útil para la República.

Con patrones que distorsionan los valores de la cultura verdadera, se está

formando en México a las nuevas generaciones. Por ello, deseo que esta reunión, señoras y señores, sea un testimonio que demos nosotros, todos los aquí presentes —los que estén en este momento entendiendo lo que esta reunión significa—, de que debemos hacer un esfuerzo por reintegrar a la vida nacional, fuera de intereses económicos o políticos, el apego a los valores verdaderos de la cultura, la ciencia, el arte; el apego a los altos y tras-

cendentales valores humanos.

Muchas gracias a todos los presentes, por habernos acompañado a esta tarea de reconocimiento a quienes con sencillez, con modestia y con sorpresa, han recibido el premio otorgado con libertad por los jurados que así consideraron su deber darlo. Muchas gracias a todos aquellos que nos han acompañado en esta breve reunión, que esperamos sea trascendentalmente beneficiosa para México.

INDICE

Discurso del Ing. Víctor Bravo Ahuja, Secretario de Educación Pública.	7
Discurso del Dr. Jesús Romo Armería.	15
Discurso de Gabriel Figueroa.	23
Discurso del Lic. Daniel Cosío Villegas.	27
Discurso del Lic. Luis Echeverría Álvarez, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.	31

Se terminó de imprimir el día 23 de diciembre de 1971, con un tiro de 10,000 ejemplares, en los talleres de SEI, S. A., F. Carrillo Puerto No. 603, México 17, D. F.



Los Premios Nacionales de Ciencias, Letras y Artes - 1971 - serán entregados por el licenciado Luis Echeverría, Presidente de la República, a los señores doctor Jesús Romo Armería, licenciado Daniel Cosío Villegas y Gabriel Figueroa Mateos, a quienes respectivamente les fueron adjudicados por las comisiones integradas al efecto.

La Secretaría de Educación Pública se complace en invitar a usted al desayuno que con ese motivo se servirá en el patio del Museo Nacional de Antropología, el viernes 26 de este mes a las 9 horas.

México, D. F., noviembre de 1971.

P R O G R A M A

1. Discurso del ingeniero Víctor Bravo Ahuja,
Secretario de Educación Pública.
2. Entrega de los premios por el C. Presidente de
los Estados Unidos Mexicanos, licenciado Luis
Echeverría Alvarez.
3. Palabras por el señor doctor
Jesús Romo Armería.
4. Palabras por el señor licenciado
Daniel Cosío Villegas.
5. Palabras por el señor
Gabriel Figueroa Mateos.

P R O G R A M A

1. Discurso del ingeniero Víctor Bravo Ahuja,
Secretario de Educación Pública.
2. Entrega de los premios por el C. Presidente de
los Estados Unidos Mexicanos, licenciado Luis
Echeverría Álvarez.
3. Palabras por el señor doctor
Jesús Romo Armería.
4. Palabras por el señor licenciado
Daniel Cosío Villegas.
5. Palabras por el señor
Gabriel Figueroa Mateos.



Los Premios Nacionales de Ciencias, Letras y Artes - 1971 - serán entregados por el licenciado Luis Echeverría, Presidente de la República, a los señores doctor Jesús Romo Armería, licenciado Daniel Cosío Villegas y Gabriel Figueroa Mateos, a quienes respectivamente les fueron adjudicados por las comisiones integradas al efecto.

La Secretaría de Educación Pública se complace en invitar a usted al desayuno que con ese motivo se servirá en el patio del Museo Nacional de Antropología, el viernes 26 de este mes a las 9 horas.

México, D. F., noviembre de 1971.

Señor Presidente:

Estoy seguro de que el año transcurrido le ha bastado a usted para cerciorarse de que en México, a más de los muy conocidos de jefe de estado y de jefe de gobierno, un Presidente de la República tiene que desempeñar muchas otras funciones. No pocas de ellas, además, son o parecen extrañas, como esta que ahora le pido a usted aceptar... la función de oídor de una *habría querido hacer más cosas de estas.* confesión, ~~que quiero hacer.~~

No de hoy, sino de toda la vida, he considerado desacertada la idea de premiar a los intelectuales y artistas por su obra. Los verdaderos, los auténticos, es decir, los únicos dignos de la ^{*estimación*} estimación personal y de la pública, no trabajan ^{*para*} para hacerse notar, para sobresalir, para ascender y ser premiados. Estos intelectuales y artistas verdaderos trabajan porque les gusta trabajar, porque les interesa su obra, porque les atrae, a veces de un modo irresistible. *Siempre me ha parecido, pues, que* ~~La idea, pues, de galardonar ese~~ *la idea de galardonar el trabajo de como lo hacen* ~~trabajo me ha parecido siempre tan infundada como si un padre,~~ *hizo lo que y movidos que vienen de intelectuales en* *en la vida.*

~~premiara a sus hijos porque comen golosinas.~~

Entonces, yo
~~yo debía~~ pues haber ^{el}delinado este Premio como

consecuencia lógica de ideas que, erróneas o no, son mías, viejas y arraigadas. No he procedido así, sin embargo, por una consideración que me ha parecido de mucha mayor importancia.

En efecto, el hecho de concedérseme el Premio Nacional de Letras este año de 1971, y no, digamos, hace dos años, cuando mi modestísima obra de escritor estaba ya definida, no he podido interpretarlo sino como un síntoma --o una realidad-- de que en México comienza a existir --o lo hay ya-- un clima de mejor comprensión de la conducta pública de todos los ciudadanos, de respeto a sus ideas y aun a sus gustos, un clima, en suma, de libertad política.

Como prenda de que mi interpretación es justa, y por esa única razón, he aceptado un Premio que en otras circunstancias hubiera yo juzgado no sólo innecesario, sino innecesario para

proseguir mis tareas. *Por eso, señor Presidente, le ruego a usted transmitir mi más profundo y reservado homenaje a la Nación Mexicana.*